



El amor es
un bocadito
de nata

ELISABETTA
FLUMERI
GABRIELLA
GIACOMETTI

SUMA

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Agradecimientos](#)

[Recetario de Margherita](#)

[Índice de recetas](#)

[Recetas](#)

[Notas](#)

[Sobre las autoras](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

*A Patrizia, por su afecto, su ayuda
y la confianza depositada en nosotras*



El día señalado por la profecía maya para el fin del mundo había transcurrido sin daños.

En cambio, el fin del mundo de Margherita dependió de tres cosas que ocurrieron todas ellas aquel jueves.

Solo que ella aún no lo sabía.

A pesar de los presagios.

Margherita se hallaba en una gran sala circular con muchas puertas. Tengo que salir de aquí, me tengo que ir, pensaba. De modo que se acercó a la primera y puso la mano en el picaporte. Era inútil. Estaba cerrada a cal y canto. Lo intentó con la segunda. Nada. En su interior iba creciendo la ansiedad. No quería quedarse allí. Quería huir. Desesperada, empezó a pasar de una puerta a otra sintiéndose prisionera. Quedaba una última puerta. La más pequeña. Acercó su mano con temor. Un leve toque y la puerta se abrió de par en par. Ante Margherita se materializó una gran cocina luminosa, colmada de alimentos deliciosos y apetecibles cuyo perfume llenaba sus fosas nasales... Estaba a punto de entrar cuando de improviso la puerta empezó a encoger — ¿o era ella la que crecía desmesuradamente?—. Intentó de todos modos atravesarla pero se quedó atrapada, incapaz de moverse, de pedir ayuda... Cada vez se sentía más oprimida. De repente vio que la cocina desaparecía y era susti-

tuida por un largo pasillo vacío. Luchó contra la sensación de ahogo que le oprimía la garganta, intentando respirar, liberarse, coger aire...

De golpe Margherita salió jadeante del amasijo de sábanas y pelo en el que estaba envuelta en su lado de la cama matrimonial, que ocupaba buena parte de la pequeña habitación. Con un suspiro de exasperación, Francesco, su marido, metió la cabeza bajo la almohada. Los pelos se agitaron al unísono y apareció, en primer lugar, un hocico bicolor con enormes ojos dorados, luego otro redondo y negro como la pez y por último un rostro hirsuto, cubierto de un pelo tan enredado como la cabellera de su ama.

Ratatouille, Asparagio y Artusi.

—¡Dios mío, qué pesadilla!

Margherita respiró aliviada y repartió caricias y mimos a los dos gatos y al perro de raza incierta que se disputaban sus atenciones, uno mordisqueándole el dedo del pie, otro restregándose en sus piernas y el tercero golpeándole con insistencia en el brazo.

En ese momento sonó el despertador con una música alegre y una voz femenina se elevó sobre las últimas notas: «Escorpión. Estáis atrapados entre Marte y Saturno, por lo que deberéis esperar hasta el verano para volver a sonreír. Si Marte es el yunque, ¡Saturno es el martillo! Hoy su influjo hará que eliminéis de vuestra vida todo cuanto es superfluo o equivocado».

Los ojos azules de Margherita miraron contrariados el aparato y se oscurecieron.

«De modo que se anuncia una jornada negativa», prosiguió la voz. «Os sentiréis abrumados por noticias que hubieseis preferido no recibir, pero como buenos escorpiones lograréis sacar provecho del tránsito de Saturno y tomaréis las decisiones oportunas».

Margherita alargó la mano y con un gesto rápido cambió de emisora. Era suficiente para empezar el día.

Primero el sueño. Ahora el horóscopo.

Aunque a decir verdad ella no creía ni en los sueños premonitorios ni en los horóscopos catastróficos.

Un rap machacón invadió la estancia.

—¡Margy! —Francesco salió de debajo de la almohada y la miró irritado—. ¿Te importaría apagar ese maldito despertador?

—Disculpa. —Y lo apagó mientras él volvía a enterrarse bajo la almohada.

Margherita no pudo por menos que pensar en cuando Francesco era el que se levantaba por la mañana para prepararle el café y llevárselo a la cama con el «Buenos días, cariño» de rigor. Era un ritual muy tierno y en ocasiones, después de un beso, una broma y una caricia, acababan haciendo el amor...

¿En qué momento cambiaron las cosas?

¿Desde cuándo era ella quien se levantaba de la cama para preparar el café y el desayuno, a fin de intentar apaciguar sus despertares cada vez más intempestivos?

No lo sé.

Intentó apartar aquel pensamiento que la incomodaba poniéndose en marcha: saltó de la cama y aterrizó en el suelo en medio de un coro de ladridos y maullidos, arrastrando consigo las mantas.

—¡Vamos, Ratatouille, Artusi, Asparagio, a desayunar!

—¡Margy, todos los días la misma historia! —La voz de Francesco llegó sofocada por la almohada, pero claramente alterada—. ¿Por qué no les enseñas que la cama está *off limits*? —prosiguió, mientras intentaba recuperar las mantas que estaban hechas un amasijo informe.

La sensación de malestar aumentó. Y Margherita se sintió culpable. En el fondo él solo estaba cansado y estresado, tenía que entenderlo.

Trabaja mucho, el dinero no alcanza y yo he perdido mi puesto en el call center...

—Tienes razón —respondió con dulzura—, ahora mismo me los llevo.

Salió de la habitación seguida por su tribu, mientras él murmuraba algo ininteligible.

El minúsculo pasillo que conducía a la cocina (o, para ser más precisos, a la cocinilla americana que ella se obstinaba

en llamar así) estaba tapizado con las fotos de sus animales retratados en las posturas más cómicas, solos y en grupo. Además de estos tres, que por sí solos componían un séquito ruidoso, aparecía un pájaro grande, un miná religioso de plumaje brillante. El mismo que la saludó con un largo silbido cuando Margherita quitó el paño que cubría la jaula colocada junto a la ventana.

—¡Buenos días, Valastro!

—¡Hola, amor, hola! —respondió el miná sacando el pico entre los barrotes para picotearle la mano con suavidad. Lo había recogido con un ala rota y, una vez curado, había pasado a ser miembro de pleno derecho de su tribu plumipe-luda.

Margherita sonrió y miró con ternura el heterogéneo grupo de animales reunido a su alrededor en aquel rincón de la casa que tanto le gustaba: abarrotado de utensilios de todo tipo, con la nevera cubierta de imanes, inspirados todos ellos sin excepción en la comida, y un cartel pegado sobre los fogones que rezaba: *SHHH... COOK AT WORK!*

—Os quiero... —musitó con cariño mientras ofrecía unas semillas a Valastro.

Francesco había intentado oponerse a la presencia de aquel bestiario. «Mi amor, apenas hay sitio para nosotros en cincuenta metros cuadrados escasos, ¿qué vamos a hacer con dos gatos, un perro y ahora también un miná...?», había protestado. Pero Margherita se había mostrado inflexible en este asunto. Había aceptado mudarse a Roma, buscarse un trabajo nuevo, vivir en aquel horror de cemento donde, si abría la ventana por un lado, veía una pared, y por el otro se asomaba a casa de los vecinos. « Pero, amor, no se oye un ruido y cuesta poco, ¿es una ganga!», había dicho él que, tras abandonar sus veleidades de músico, había encontrado un empleo más prosaico en una agencia inmobiliaria. A lo único que Margherita no estuvo dispuesta a renunciar era a sus animales.

Mientras se ocupaba al mismo tiempo de la máquina del café y de una serie de escudillas de varios colores y dimen-

siones, Margherita se puso a pensar que nada había salido como había imaginado. Había soñado con vivir con Francesco en una casa con un gran jardín, donde sus animales pudiesen correr y jugar mientras ella se dedicaba a nuevas creaciones culinarias y él ensayaba los temas musicales que le habrían hecho famoso... Sueños que se habían ido haciendo añicos uno tras otro. Quedaba el amor. ¿No era eso lo más importante? Entonces, ¿cómo explicar aquella sensación indefinida que la asaltaba últimamente? Una vez más alejó aquel pensamiento concentrándose en la preparación de diversas «papillas» para sus variados destinatarios: las latas de cualquier tipo estaban prohibidas en su casa. «¿Tienes idea de las porquerías que echan dentro?», había replicado ante la propuesta de su marido de hacer una compra al por mayor para ahorrar. Una vez atendidos todos sus animales, Margherita se aplicó con particular esmero en preparar el café aromatizado para Francesco, acompañándolo con unas galletitas de coco y chocolate hechas la víspera, en un intento por ignorar la creciente negatividad que sentía avanzar en su interior como una serpiente insidiosa. ¿Se la habría provocado la pesadilla? ¿O las palabras del horóscopo? ¿O qué?

—Margy, ¿me traes el café?

La voz entre implorante e impaciente de Francesco interrumpió su pensamiento. Pero, a pesar suyo, una imagen le atravesó la mente como un relámpago: la de una foto en color que se difuminaba en un deprimente sepia, luego en un blanco y negro confuso y por último en un oscuro negativo. ¿De veras su vida se había convertido en eso? Con la fuerza del pensamiento echó la persiana sobre aquella imagen, como si nunca hubiese existido. Después se dirigió hacia la habitación, dejó la bandeja junto a su marido, le acarició el rostro, el pelo y... acercó los labios a los suyos. Pero él le dio un beso rápido y distraído —¿o era producto de su imaginación negativa?—. Francesco se tomó el café, ignoró las galletas y se levantó a toda prisa de la cama.

—Es tarde. —Entonces la miró enarcando las cejas—. Por favor, Margy. No me hagas quedar mal, mi jefe ha llamado

por teléfono en persona al encargado de contratar al personal.

Margherita reprimió a duras penas un bufido.

—Lo sé, lo sé. ¡Me lo has dicho ya cien veces!

—¡Porque eres tú la que siempre pierde el trabajo!

¡Ah, no, ese es un golpe bajo!

—¿Insinúas que yo tengo la culpa de que el besugo del director del *call center* me despidiera?

—¡Te despidió porque te dedicabas a dar recetas de cocina en lugar de convencer a la gente para que pagara sus deudas!

—Yo solo intentaba entablar conversación...

¿Por qué siempre tengo que estar justificándome?

—De acuerdo, vale —zanjó Francesco—. Al menos este parece un trabajo adecuado. Tiene que ver con la comida y con las personas. Las cosas que te gustan, ¿no?

¿Por qué lo dice con ese tono... condescendiente?

Pero no era momento de discutir, decidió Margherita. En el fondo se había esforzado por ayudarla, había molestado incluso al gran jefe... Cierto que trabajar de promotora para una empresa láctea no era exactamente lo que soñaba en la vida, pero nada podía ser peor que el *call center* de cobro de deudas.

—De modo que esta vez no debería haber ningún problema —concluyó él tomando su silencio por un sí—. Además, la entrevista será una mera formalidad, basta con que sonrías y te muestres entusiasta con el producto. ¡Recuerda que necesitamos ese trabajo! Venga, va, date prisa o llegarás tarde.

Instantes después había desaparecido en el baño.

—«¡Basta con que sonrías y te muestres entusiasta con el producto!» —le remedó Margherita. Miró el reloj y suspiró. Abrió la ventana, sacudió las almohadas y el edredón, hizo la cama, fue corriendo a la «cocina» y lavó a toda prisa las tazas y los platos (de Francesco) que había en la pila. Luego se dirigió al salón, arregló los sofás, apiló las revistas (de Francesco) que estaban desparramadas, recogió un par de zapatillas deportivas (de Francesco) que asomaban por de-

bajo del sofá, abrió las ventanas, guardó las zapatillas en el zapatero, cogió un par de los suyos, se puso el abrigo sobre el pijama, ató con la correa a Artusi y salió corriendo a la calle.

Una vez fuera intentó meter prisa al perro, que en vano trataba de encontrar alguna brizna de hierba en los intersticios de las maltrechas aceras a cuyos lados se alzaban, imponentes y vagamente amenazadores, los edificios de cemento idénticos que conformaban su «barrio residencial», de acuerdo con la definición que daba la publicidad de la agencia donde trabajaba Francesco. Margherita cerró los ojos y por un momento imaginó que estaba en casa, en Roccafitta, y que sentía el perfume de las flores que a estas alturas debían de haber brotado por doquier, que respiraba el olor a sal que traía el viento de primavera...

—Eh, tú, ¿qué haces ahí pasmada? ¡Quita *d'enmedio!*

Abrió los ojos de golpe y se cruzó con la mirada hostil de un automovilista. Desaparecieron los olores y los perfumes de casa, sustituidos por el furioso fragor de los coches. Margherita tiró de la correa para convencer a Artusi de que la siguiera y se apresuró a volver a la acera.

Regresó con premura al apartamento, justo cuando Francesco salía tranquilamente del baño. Margherita se quitó el abrigo, se despojó del pijama haciendo equilibrios sobre una pierna e intentó coger al vuelo la prenda.

—¿Aún no estás lista? —Francesco la miró con aire reprovisorio—. ¡Hoy no puedes llegar tarde!

Margherita apretó los labios para que no se le escapase la palabrota que le hubiese gustado soltar y se encerró en el baño sin responder.

¡Es verdaderamente insoportable!

Media hora más tarde llegaba jadeante al lugar de la entrevista para el puesto de promotora.

Sonrió y me nuestro entusiasta.

La cola de los aspirantes que la precedían avanzó a toda velocidad. Cuando llegó su turno se encontró frente a un tipo en torno a la treintena, vestido con traje azul y el pelo esculpido con gomina, que le dirigió una sonrisa forzada.

—Señora Carletti, pase, la estaba esperando... —dijo con un tono de complicidad que de inmediato puso de mal humor a Margherita. De no haber sido porque necesitaban de verdad ese trabajo, y de no haber insistido Francesco, jamás hubiese aceptado aquella recomendación. Sin embargo...

Sonríó y me muestro entusiasta.

Puso el piloto automático y escuchó asintiendo con convicción la perorata sobre el papel del promotor, la cara visible de la empresa, sobre la importancia de cuidar la propia imagen y la de la empresa en las relaciones con el cliente, sobre los tres niveles de comunicación, sobre la necesidad de sintonizar con los diversos tipos de interlocutor, sobre la utilización del lenguaje y las expresiones a evitar, sobre la manera de proponer las ofertas y presentar el producto, sobre la gestión de la entrevista con el cliente —y las eventuales objeciones— y la utilización de los materiales de apoyo y, por último, sobre el PPM, el Plan Personal de Mejora, le aclaró el tipo al ver su cara de perplejidad. Margherita pensó que se le habían desencajado la mandíbula y las vértebras cervicales a fuerza de sonreír y asentir con entusiasmo. Pero tenía que conseguir el puesto. Necesitaban ese dinero para pagar los plazos del coche, de la televisión, del club de golf de Francesco. Y todo iba viento en popa.

Hasta que se halló frente a los productos.

El tipo hizo una rápida descripción de los quesos, subrayando la importancia del envase y la manera de ofrecérselos a los clientes.

—A veces basta con una sonrisa o una caricia al bebé que va en el cochecito para vender dos o tres —explicó con tono técnico—. Y usted no debería tener problemas... —añadió mirándola lánguidamente con aprobación.

¿Eran imaginaciones suyas o aquel desgraciado le estaba echando los tejos?

Margherita dejó de sonreír y mirando fijamente a los ojos al tipo le preguntó:

—¿Podría hablarme del producto?

El hombre se la quedó mirando con desconcierto y Margherita se lanzó en tromba: ¿Las materias primas utilizadas eran las mejores? ¿Se respetaban las técnicas de elaboración artesanal a las que se aludía en la publicidad? ¿Los ingredientes eran naturales? ¿La leche procedía de granjas seleccionadas? ¿El proceso de curado se llevaba a cabo en ambientes controlados? ¿Podía excluirse con total certeza una posible contaminación de las aguas subterráneas?

La sonrisa se fue desvaneciendo en la cara del encargado de contratar al personal.

—Usted ocúpese de vender el producto. Y punto —respondió secamente.

—¿Por qué no me quiere responder? ¿No creerá que voy a ponerme a convencer a la gente para que compre algo sin saber si es o no auténtico, o incluso dañino para la salud?

El tipo la miró fijamente.

—Bien, en ese caso póngase cómoda.

Margherita se quedó desconcertada.

—¿Disculpe? ¿Dónde?

—En su casa. La entrevista ha terminado.

Salió a la calle aturdida aún, pero consciente de la rabia que la corroía por dentro. Cogió el móvil para llamar a Francesco. Estaba segura de que lo entendería.

En cambio, él la increpó.

—¡No me lo puedo creer! ¡Estaba todo hecho! ¿Se puede saber qué diablos le has dicho?

Margherita tenía la impresión de haber sufrido una doble injusticia.

—¡Solo que no quería vender un producto sin saber de qué estaba hecho!

—¡Siempre tienes que hacer lo mismo! ¡No cambiarás nunca!

Por un momento Margherita pensó que la línea se había cortado. Pero luego comprendió que la realidad era otra: había colgado él.

Me ha colgado el teléfono en la cara.

Se quedó mirando la pantalla por unos instantes. Inmóvil.

Mientras tanto había empezado a llover. La lluvia que arreciaba era la banda sonora perfecta para su estado de ánimo. Para recobrase se metió en el primer supermercado que encontró. Poco después, mientras vagaba sin rumbo por los pasillos laberínticos, pasando entre murallas de productos cuyas etiquetas a menudo estaban escritas en lenguas incomprensibles, se dio cuenta de que no había sido una buena idea. Seguía pensando en la entrevista, en los productos probablemente de pésima calidad que hubiese debido publicitar y, sobre todo, en la reacción de Francesco. Sintió náuseas y salió abriéndose paso entre la gente que hacía cola en las cajas. Nunca había deseado tanto hallarse en Roccafitta como en ese momento. En casa.

Al llegar descubrió que el ascensor se había averiado. Otra vez. Por cuarta vez en una semana. Mientras se preparaba para un esfuerzo extra de ocho pisos a pie (multiplicados por dos, ya que tenía que sacar a Artusi a pasear), se dio cuenta de que asomaba una carta del buzón. No tenía aire amenazante. Margherita la cogió, la abrió y comenzó a leerla. De repente se quedó petrificada. Súbitamente el horóscopo que había escuchado por la mañana se le repitió como una cebolla mal digerida.

Volvió a leer aquellas palabras inequívocas: aviso de desahucio. A su alrededor todo empezó a girar como si estuviese montada en uno de los vertiginosos aparatos del parque de atracciones. Margherita cerró los ojos.

«Respira. Espira. Lentamente. Respira, espira...», empezó a repetirse como un mantra cuando...

—¿Va todo bien?

Margherita se dio la vuelta y se encontró frente a frente con Meg, la profesora de inglés de Francesco («Saber bien una lengua es indispensable para mi trabajo», le había dicho. «He encontrado una profesora nativa que cobra un precio muy razonable. ¿Te parece bien, amor?». Y ella no se había atrevido a responder que bastante le costaba ya cuadrar el balance familiar...).

Mientras asentía en respuesta a la pregunta, intentó comprender qué hacía Meg allí a esas horas. ¿Qué habría pasado?

—Hola, Meg... ¿Ocurre algo?

La otra la miró directamente a los ojos.

—Sí. Tenemos que hablar.

Confundida. Se sentía confundida. Y aturdida. Las palabras de Meg le habían caído como un mazazo. ¿Cómo era posible que en un año no se hubiese dado cuenta de nada? ¿Que le hubiesen parecido plausibles todas las mentiras que le había contado Francesco? Y de repente todo cobró sentido, como piezas de un puzle que hasta ese momento carecían de significado: las clases en los horarios más extraños, un precio que rozaba lo ridículo, las miradas cómplices entre Francesco y Meg, los largos e inexplicables intervalos de tiempo en los que el móvil de su marido estaba apagado, el que cada vez estuviese más insoportable...

¿Y ahora qué?

¿Qué sentido tenía fingir ser un espléndido suflé cuando se sentía como una pizza a medio cocer? Contuvo las lágrimas. Necesitaba pensar y conocía una sola manera de hacerlo: cocinar. Cogió su viejo cuaderno de recetas con las páginas amarillentas y comenzó a hojearlo distraída, mientras intentaba poner en orden sus pensamientos. Pastel de zanahorias y calabacín, pizzeta fantasía, pastel de berenjena, paté a la mostaza de menta... De repente apareció entre las páginas el dibujo de un corazoncito rojo, justo allí, con aire burlón, junto a la «Tentación de espárragos». Y le dieron ganas de arrancar la hoja, de borrar para siempre aquella receta que tanto había cambiado su vida seis años atrás...

Era marzo, un hermosísimo sábado de marzo. El aire tibio parecía indicar que en Roccafitta el invierno finalmente había decidido ceder el sitio a la primavera. Margherita esta-

ba lista para pasar el primer día de playa de la temporada con Matteo, su amigo del alma, y un grupo de muchachos. Pero en el último momento la mujer que ayudaba a su madre, Erica, en la cocina del pequeño restaurante que llevaba su nombre se puso enferma y ella no quiso dejarla sola.

—No te preocupes, mamá. Ya tendré tiempo de ir a la playa, además siento que hoy es un día especial...

Erica no insistió porque ese día a la hora de la comida aquello iba a estar a rebosar. El restaurante era pequeño, pero resultaba muy difícil manejar la situación sin ayuda. Y aunque su marido Armando, el padre de Margherita, era una maravilla de camarero, con sus bromas y su cordialidad, mejor que no pusiese los pies en la cocina. De modo que madre e hija se habían puesto a los fogones de buena mañana. Mientras Erica preparaba la masa para las *tagliatelle*, Margherita se puso a experimentar con un nuevo plato. Al mirar a su alrededor vio unos espárragos. «¡Aquí solo entran productos de estación, esa es la manera de cuidar al cliente!», solía decir Erica. Cogió el pelapatatas y empezó a quitar con delicadeza la parte fibrosa. Tras desechar la parte blanca de los tallos cortó las puntas y las escaldó unos minutos en un poco de caldo caliente. Erica le sonrió con un cariño mezcla de orgullo.

—¿Una nueva creación?

Margherita asintió.

—Quiero ser tan buena como tú, mamá...

Erica le acarició los cabellos.

—Ya lo eres, cariño.

Feliz con aquellas palabras, Margherita escogió tres cebollas, las puso a dorar con un poco de mantequilla y un chorrito de aceite, añadió los tallos cortados en rodajas y los hizo sofreír a fuego lento hasta reducirlos.

—Margy —su madre había sido la primera en llamarla con aquel diminutivo—, sabes que el risotto lleva su tiempo... —le recordó, pero ella le respondió con una sonrisa que no se preocupara. Tras batirlo todo obtuvo una crema verde, ni muy densa ni muy líquida, a la que agregó sal y pimienta.